

**Una Iglesia samaritana
para un tiempo
de crisis**

Una Iglesia samaritana para un tiempo de crisis

Carta pastoral

MONS. JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES
Obispo de Terrassa

Cuaresma 2015

Portada: El Buen Samaritano, del P. Marco Iván Rupnik SJ
Catedral de la Almudena (Madrid)

Depósito Legal: B-4028-2015

Diseño e impresión: I. G. Santa Eulàlia, Santa Eulàlia de Ronçana

Índice

Introducción	7
---------------------------	---

De Jerusalén a Jericó. El camino de la vida

1. Jerusalén, Jericó y el camino de la vida	14
Un camino conocido por el riesgo	14
Aspectos positivos de la actualidad	15
Situaciones graves que es urgente resolver	16
2. Encrucijadas y dificultades en el camino	20
La prisa, las múltiples ocupaciones, la falta de tiempo	21
El miedo	23
Las excusas, disculpas y justificaciones varias	25
3. Hacerse prójimo	27
Significado de «prójimo»	27
Fraternidad universal	28
Sentido cristológico	30

Fundamentos de nuestra acción caritativa y social

1. Punto de partida: La llamada a la conversión y a la promoción humana	35
Conversión personal	35

Conversión social	36
Vocación al desarrollo	38
2. Principio fundamental: Teología de comunión	40
La Iglesia, misterio de comunión	40
Comunión eclesial y espiritualidad de comunión	41
La solidaridad, fruto de la comunión	43
3. Perspectiva pastoral: Centralidad de la persona	45
El hombre, imagen de Dios	45
El hombre, camino de la Iglesia	47
Centralidad de la persona	48
Ve y haz tú lo mismo	
1. Ver y compadecerse	53
Características del camino de la vida	53
Personas heridas al borde del camino	55
Ver, compadecerse y acercarse	56
2. Curar las heridas	57
Responsabilidad de cada fiel y de toda la comunidad	58
Curar las heridas y dar calor al corazón	60
Ayuda, promoción y denuncia	62
3. Acoger en casa	64
Casa abierta del Padre	65
Familia que privilegia a los caídos al borde del camino	66
Familia “en salida”, que toma la iniciativa	68
Final	71

Introducción

A los presbíteros y diáconos, miembros de la vida consagrada y fieles laicos y laicas de la diócesis.

El día 15 de junio de 2004, san Juan Pablo II creó la nueva diócesis de Terrassa y la proveyó de un obispo. El domingo 25 de julio de 2004, solemnidad de Santiago Apóstol, inicié el ministerio episcopal como primer obispo en una ceremonia de gran contenido y significación para los diocesanos presentes y para mí. En la homilía subrayé algunas prioridades para nuestra futura acción pastoral: La nueva evangelización, adaptada a las condiciones de nuestro tiempo; en segundo lugar, la dedicación prioritaria a los más necesitados, a los pobres y marginados; la atención a los hermanos en el sacerdocio y al Seminario; y por último, los jóvenes, futuro de la Iglesia y de la sociedad.

Han pasado diez años. Diez años de una gran intensidad a lo largo de los cuales hemos ido “construyendo” la diócesis entre todos en comunión y corresponsabilidad. Ha sido un trabajo apasionante y fructífero llevado a cabo por laicos y laicas, miembros de la vida consagrada, diáconos, presbíteros y obispos. Un trabajo de dinamización interna y de respuesta a los retos que se han ido presentando en el seno de la Iglesia y en medio de la sociedad. Así nacieron los tres planes pastorales —«Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros» (2007-2010); «Enviados a anunciar la Buena Nueva» (2010-2013); «La Buena Nueva del servicio» (2013-

2018)—. Unos planes pastorales elaborados con la colaboración de la comunidad diocesana.

Mis cartas pastorales han intentado responder a las prioridades señaladas en la homilía de inicio de ministerio y a la vez acompañar los momentos más relevantes de la vida diocesana y de la Iglesia universal. La primera —«Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI» (2007)—, trataba sobre la nueva evangelización. La segunda —«Madre de Dios y madre nuestra» (2008)—, acompañó la declaración de Nuestra Señora de la Salud como patrona de la diócesis y se refería a su misión en la vida del cristiano y de la Iglesia. La tercera —«La alegría del sacerdocio» (2010)— fue escrita con ocasión del Año Sacerdotal declarado por el santo padre Benedicto XVI y también en coincidencia con mis bodas de plata sacerdotales. La cuarta, —«Pastoral juvenil y pastoral vocacional a la luz de la JMJ» (2012)— estaba destinada a reavivar la pastoral juvenil y la vocacional, tan importantes para nuestro futuro.

El día 19 de octubre de 2012 creamos jurídicamente Cáritas diocesana de Terrassa. Posteriormente, en el transcurso del décimo curso de vida diocesana (2013-2014) se completó el traspaso de algunos elementos estructurales que hasta entonces dependían de Cáritas Barcelona. En el presente curso 2014-2015 hemos consolidado un camino propio en la acción caritativa y social manteniendo los lazos de afecto y coordinación con las diócesis hermanas. Creo que ha llegado el momento de ofrecer una nueva carta pastoral, en esta ocasión sobre la acción caritativa y social de la Iglesia, en el contexto actual de crisis económica que todavía persiste. La Iglesia continúa haciendo un gran esfuerzo para ayudar a los más necesitados.

Esta acción de la Iglesia es de siempre y durará siempre. Ahora bien, en estos momentos es preciso dedicar una atención especial a los más afectados por la crisis económica ofreciendo una respuesta solidaria, haciendo presente el amor de Dios en medio del mundo. Este amor se manifiesta a través de una organización de ayuda al necesitado, ciertamente, pero sobre todo es la expresión del amor a los hermanos que proviene de quien ha experimentado en su vida el amor de Dios. Cáritas tiene una historia muy larga, y

nosotros nos incorporamos a esta dinámica de amor y solidaridad con la ilusión de una diócesis nueva y en continuidad con el trabajo realizado anteriormente.

La visita pastoral del obispo a las parroquias es un momento privilegiado de encuentro, de contacto personal con todos los miembros del Pueblo de Dios que forman una determinada comunidad cristiana. Es una buena oportunidad para agradecer el trabajo y también para consolar y animar ante las dificultades y obstáculos. Gracias a Dios, hay muchas personas que colaboran en los diferentes ámbitos de la acción pastoral, sea en el ministerio de la Palabra, en la Liturgia o en la Acción Caritativa y Social. En este último, muchos colaboradores se hacen presentes en diferentes campos y estructuras de la Iglesia y de la sociedad, con un servicio discreto y eficaz. Profesionales y voluntarios que se esfuerzan para curar las heridas, para reparar las injusticias, para subsanar las carencias de una situación que golpea siempre a los más débiles. Colaboradores que a menudo sufren por no poder ofrecer más ayuda.

El santo padre Francisco señalaba a los obispos de la Conferencia Episcopal Española en visita *ad limina apostolorum*, el mes de marzo del año pasado, que el amor y el servicio a los pobres es signo del Reino de Dios que Jesús vino a traer. Se congratulaba de que Cáritas y otras obras de la Iglesia están haciendo una gran labor que propicia el acercamiento de muchas personas a Cristo y a la Iglesia y nos invitaba a manifestar aprecio y cercanía a todas las personas que colaboran en el «programa del Buen Samaritano, el programa de Jesús», en expresión del santo padre Benedicto XVI¹. Hemos de ser una Iglesia samaritana que lleva a cabo el programa de Jesús, el Buen Samaritano.

En esta carta pastoral quiero subrayar la importancia de la acción caritativa y social de la Iglesia, con toda su fuerza evangelizadora. Asimismo, ofrecer algunos principios de reflexión y pautas de ac-

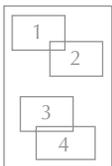
1. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal Española en visita "ad limina apostolorum"*, 3 de marzo de 2014. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 31.

tuación. En el marco del Año Jubilar Teresiano y del Año de la Vida Consagrada. Lo haremos tomando como hilo conductor la parábola del Buen Samaritano y de la mano de María, Nuestra Señora de la Salud.



De Jerusalén a Jericó. El camino de la vida





- 1- Atención a madre y niños en Sabadell
- 2- Celebración de la Comunidad del Cenáculo en Fogars de Monclús
- 3- Proyecto de Huertos solidarios en Terrassa
- 4- Residencia de San José Oriol en Terrassa

De Jerusalén a Jericó. El camino de la vida

«En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: ‘Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?’. Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?’. Él respondió: ‘Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo’. Él le dijo: ‘Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida’. Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘¿Y quién es mi prójimo?’. Respondió Jesús diciendo: ‘Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos, y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?’. Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él’. Jesús le dijo: ‘Anda y haz tú lo mismo’» (Lc 10,25-37).

1. Jerusalén, Jericó y el camino de la vida

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos, y se marcharon, dejándolo medio muerto» (Lc 10,30).

Un camino conocido por el riesgo

Jerusalén es la ciudad santa, situada en lo alto del monte Sión, y simboliza por excelencia lo divino y lo sagrado. Es la ciudad del Templo, escogida por Dios como lugar de su morada. El templo de Dios es uno de los pilares de la religiosidad y de la vida de Israel y ofrece protección de lo alto. La ciudad se encuentra a unos 750 metros sobre el nivel del mar. Los ojos y los anhelos de cualquier judío, viviese donde viviese, estaban puestos en Jerusalén, una ciudad amurallada en cuyo horizonte sobresalen dos edificios: el gran recinto del Templo con la fortaleza Antonia, y el palacio de Herodes el Grande.

Jericó se encuentra a 27 km de Jerusalén. Situada a orillas del río Jordán, a 258 metros bajo el nivel del mar. Fue una ciudad importante en la ribera occidental del Jordán, encrucijada de caminos, asentamiento humano muy antiguo, que viene a simbolizar la cultura secular. Conocida como la ciudad de las palmeras y de las rosas. Entre Jericó y Jerusalén se extiende una tierra desértica, llena de peligros e imprevistos. El camino que unía ambas ciudades era conocido por el riesgo y la dificultad, por los ataques y muertes que se producían por causa de los bandidos que asaltaban a los viandantes.

Por el camino de Jerusalén a Jericó pasan personas de todo tipo y condición. El camino es como la vida misma. Es la vía que se recorre, el sendero que discurre, el viaje emprendido, el itinerario recorrido por el caminante. Es la realidad de la existencia en la cual las personas se encuentran, coinciden, se unen, trabajan, colaboran,

comparten, se ayudan, se aman; y también es el lugar de los desencuentros, de las divisiones, del egoísmo, de la ambición, de la indiferencia, del odio, de la violencia. El hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó representa de alguna manera a la humanidad de todos los tiempos, también a la de nuestra época. El camino de Jerusalén a Jericó significa la vida, la historia pasada y la presente, y también el modo de afrontar el futuro.

Aspectos positivos en la actualidad

Si tuviéramos que hacer una valoración del momento presente, ¿qué podríamos decir?

Lo primero sería mantener una actitud positiva, desde una mirada teológica, desde la fe, para no caer en el pesimismo o la desesperanza. Sin duda hay muchos aspectos positivos que se pueden reseñar². Podemos afirmar que en la actualidad ha crecido la conciencia de la propia dignidad y de la dignidad de cada ser humano; en consecuencia, se da un mayor respeto a la persona humana, y en líneas generales tiene lugar una mayor sensibilidad por la promoción y defensa de los derechos humanos, aunque se den graves excepciones en temas que afectan a la familia, a la infancia y a la vida.

También se ha acrecentado la convicción de la profunda interdependencia que tiene lugar entre las personas y los pueblos, y por consiguiente, de la solidaridad imprescindible para que pueda haber un futuro común, un destino que será preciso construir entre todos. Es justo reconocer también el empeño de muchos hombres y mujeres por resolver los problemas del mundo y procurar que un número cada vez mayor de personas disfruten de la paz y de una calidad de vida digna del ser humano.

2. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, n. 26; Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, nn. 11-17.

Otro factor positivo de nuestra sociedad es la experiencia del voluntariado, muy extendida y que se manifiesta en múltiples campañas de ayuda al Tercer y Cuarto Mundo. De la misma manera se va generalizando la conciencia de la limitación de los recursos disponibles y la participación en iniciativas para respetar la integridad y los ritmos de la naturaleza y el medio ambiente. Asimismo, va creciendo la conciencia de que la sostenibilidad y la conservación del planeta son responsabilidad de todos.

Situaciones graves que es urgente resolver

Podríamos extendernos en otros aspectos positivos de nuestro mundo, pero sin ánimo de inducir al pesimismo, deseo detenerme de una forma más concreta y pormenorizada en las situaciones graves que se deben resolver.

Una mirada honesta a la realidad actual nos lleva lejos del optimismo que caracterizó las décadas de los años 50, 60 y 70 del siglo XX. Ciertamente, en un mundo globalizado como el nuestro, disponemos de abundante información y podemos decir que ha crecido la conciencia respecto a los problemas y a los grandes desafíos del momento presente. Pero tanto la reacción ante los mismos como los remedios que se aplican resultan del todo insuficientes y es difícil hallar instituciones y organismos a nivel internacional que puedan liderar los procesos necesarios para resolverlos. Nos referiremos a algunas realidades a nivel de todo el mundo.

En primer lugar, el papa Francisco afirmó recientemente que en la actualidad puede hablarse de una tercera Guerra Mundial: «También hoy, después del segundo fracaso de otra guerra mundial, quizá se puede hablar de una tercera guerra combatida ‘a trozos’, con crímenes, masacres, destrucciones... Para ser honestos, la primera página de los periódicos debería tener como título: ‘¿A mí qué me importa?’ Caín diría: ‘¿Acaso soy yo el guardián de mi

hermano?'»³. Esta guerra está alimentada por intereses tan simples como la pura codicia y permitida por una especie de indiferencia nefasta que ya consintió las atrocidades del pasado. El Papa ha invocado la paz en la homilía que pronunció durante su visita a los cementerios de Fogliano Redipuglia, que albergan los restos de miles de caídos en este frente del nordeste de Italia durante la Gran Guerra, de cuyo inicio se conmemoró el año pasado el primer centenario.

Aunque no existe ninguna guerra activa declarada oficialmente entre diferentes Estados, el mundo es testigo de al menos diez grandes conflictos armados que dan cuenta de una realidad: que al igual que 100 años atrás, el orden internacional vigente se desmorona. Rusia, movida por intereses expansionistas, ocupa la península de Crimea y hace estallar la violencia en Ucrania. En Irak, el fundamentalismo resurge y estrecha lazos con sus respectivos grupos en la región, persiguiendo especialmente a los cristianos. La Franja de Gaza, una vez más, está inmersa en la violencia. La cruenta guerra civil en Siria lleva más de tres años sin tregua. La violencia en Libia sigue hundiendo al país en un caos absoluto. Se trata de conflictos que engrosan la lista de guerras anteriores de más larga duración, como las de Afganistán, Somalia, Mali, Sudán del Sur y República Centroafricana, entre otras. Guerras olvidadas y relegadas a un segundo plano en los medios de comunicación, pese a ser tan sangrientas como las más recientes.

El terrorismo constituye una de las amenazas más graves para la paz y seguridad internacionales. Supone una de las mayores violaciones de los derechos humanos y las libertades, así como de los principios fundamentales de la democracia y de respeto al Estado de Derecho. Los grupos terroristas van modificando sus métodos

3. SANTO PADRE FRANCISCO, *Homilía de la Celebración presidida desde el Santuario militar de la Redipuglia en el centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial*, 13 septiembre 2014.

de organización y funcionamiento, intentando aprovechar las debilidades de los Estados y recurriendo a las modernas tecnologías de la información para aumentar el impacto de sus atentados. Estos grupos se aprovechan igualmente de la existencia de zonas en algunos estados que escapan al control de las autoridades públicas.

La pobreza sigue siendo, a su vez, una lacra en el mundo. El planeta Tierra alberga más de 7.200 millones de personas. De éstas, una sexta parte, es decir unos 1.200 millones, está subalimentada, según establecen los datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en el año 2014. Más de 1.300 millones de personas viven aproximadamente con menos de un dólar al día. Si no se actúa con firmeza y efectividad, el objetivo de acabar con el hambre en el mundo y con la pobreza extrema, propuesto por la Organización de las Naciones Unidas, está lejos de cumplirse. El problema radica en que «las élites mundiales son cada vez más ricas y, sin embargo, la mayor parte de la población mundial se ha visto excluida de esta prosperidad. La desigualdad económica crece rápidamente en la mayoría de los países⁴».

El hambre, al que deben enfrentarse cada día 805 millones de personas, no es una fatalidad a la que una parte de la humanidad esté predestinada, sino el resultado de la injusticia⁵. Es consecuencia de la violación del derecho fundamental de toda persona a disponer de alimentos en cantidad y calidad suficiente que le permitan vivir una vida digna y saludable. En un mundo donde la producción agrícola mundial podría ser suficiente para alimentar al doble de la población mundial actual, constituye un escándalo que perduren las causas que provocan el hambre: políticas comerciales injustas, po-

4. OXFAM, *GOBERNAR PARA LAS ÉLITES Secuestro democrático y desigualdad económica*, 178 INFORME DE OXFAM 20 DE ENERO DE 2014.

5. ONU, *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo (SOFI 2014)*, INFORME DE LA ONU, 16 de septiembre de 2014, Roma.

breza, discriminación de la mujer, violencia y conflictos armados, pandemias, etc.

Otro grave problema es la falta de acceso a agua potable. Disponer de agua segura suficiente y accesible es un requisito imprescindible para satisfacer el derecho a la alimentación, tanto para el consumo como para la producción de alimentos. Asimismo, la falta de saneamiento adecuado es origen de enfermedades que afectan a la productividad de las familias y representan un coste adicional para sus ya debilitadas economías. Sin embargo, una de cada cuatro personas en todo el mundo no dispone de acceso a agua potable y una de cada tres no tiene acceso a un saneamiento adecuado.

La discriminación por motivos de raza, sexo, idioma o religión es otra lacra. Millones de personas en todo el mundo luchan por librarse de situaciones constantes de discriminación en su vida cotidiana, una lucha que es a su vez un anhelo imposible. Durante los últimos veinte años, hemos presenciado la tragedia que representan las políticas de limpieza étnica y genocidio, así como las políticas fundamentadas en ideologías discriminatorias, las cuales han provocado destrucción, exilio y muerte.

La explotación infantil es de particular gravedad. En el mundo hay 215 millones de niños que deben trabajar para sobrevivir. Más de 115 millones de ellos trabajan en las que se consideran las peores formas de explotación infantil. Ante esta situación, y a pesar de que su práctica está penada y perseguida por la legislación, diversas Organizaciones No Gubernamentales denuncian la impasibilidad de las autoridades que prefieren mirar hacia otro lado ante el gran negocio que supone la explotación y el abuso de los más pequeños.

La trata de niños, la servidumbre por deudas, la prostitución, la pornografía o el reclutamiento forzoso de niños para utilizarlos en conflictos armados siguen practicándose en muchos países del mundo. Estas prácticas de esclavitud ponen en peligro la vida de los

más pequeños, les privan del derecho a la educación y les condenan de por vida, según nos recuerdan con regularidad Manos Unidas y otras ONGs. Dejan las escuelas prematuramente, y sin la capacitación que aportan los estudios difícilmente podrán acceder a trabajos dignos y bien remunerados. De esta manera, se perpetúa la situación de marginalidad de la población más desfavorecida.

Cada minuto, ocho personas lo dejan todo para huir de la guerra, la persecución o el terror. Son los refugiados y desplazados forzosos. Al final de 2013 se estimaba que 51 millones de personas en todo el mundo fueron desplazadas por la fuerza debido a los conflictos y la persecución. 876.100 solicitudes de asilo o de la condición de refugiado se presentaron en 171 países o territorios. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) identificó unos 3,5 millones de personas apátridas en 64 países. Sin embargo, el número real de personas apátridas en el mundo se estima en hasta 12 millones⁶.

La lista podría seguir: Pandemias como VIH/SIDA, el cólera, la meningitis, la fiebre amarilla, el ébola, etc., que afectan a millones de personas en todo el mundo. También el maltrato infantil, a personas mayores, a mujeres, a hombres; maltrato físico, psicológico. Por otra parte, cabe reseñar las dificultades de acceso a la vivienda, la precariedad laboral, y tantas otras situaciones graves que afectan a muchos de nuestros contemporáneos. Lo cierto es que no vivimos en un mundo idílico; al contrario, urge poner remedio al sufrimiento de tantas personas, de tantos hermanos nuestros.

2. Encrucijadas y dificultades en el camino

«Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que

6. Fuente: Protección de los refugiados y el papel del ACNUR (agosto de 2014).

llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo» (Lc 10, 31-32).

Un sacerdote y un levita bajan por aquel camino, pero al ver al hombre herido, dan un rodeo, pasan de largo y siguen adelante. Quizá les pareció que el malherido podía estar muerto y no quisieron tocarlo, pues el contacto con un cadáver causaba impureza legal. Tal vez tuvieron miedo de caer también ellos en manos de los bandidos. Quizá han cumplido sus servicios religiosos en el templo y tienen prisa por llegar a casa y descansar o porque les esperan asuntos urgentes. Es posible que no se vieran con ánimo de intervenir por no saber cómo proceder o por las complicaciones que conllevaría. El caso es que pasaron de largo⁷.

La primera reacción al leer esta parábola suele ser de indignación con los dos personajes por su falta de solidaridad, por su comodidad egoísta. Pero no deberíamos precipitarnos en nuestro juicio, porque al menos en parte, seguramente nosotros actuamos de manera muy parecida con los heridos que se hallan al borde de los caminos de nuestro tiempo.

Nuestra vida está jalonada por las dificultades y a menudo nos encontramos con dilemas que resolver, en medio de complejas encrucijadas, pero es preciso tomar decisiones y actuar.

La prisa, las múltiples ocupaciones, la falta de tiempo

A primera vista, parece que el sacerdote y el levita tienen prisa. Parece que no tienen tiempo para detenerse y examinar la situación. Qué podemos pensar de nuestros contemporáneos y de nosotros mismos, del ritmo de vida de nuestra época, que también nos arrastra. La sensación es de tener que cumplir con múltiples

7. Cf. CARLO MARIA MARTINI, *Parola alla Chiesa, parola alla città*, Bologna 2002, pp. 265-340.

obligaciones: familiares, laborales, sociales, institucionales, lúdicas, etc. y de disponer únicamente de veinticuatro horas al día. La sobrecarga que ello comporta ha llegado a provocar un trastorno nuevo que se conoce como *la enfermedad de la prisa*. Ello es debido, sobre todo, al ritmo acelerado de la sociedad moderna, en un mundo cambiante, en continuo movimiento, con una oferta múltiple de sensaciones, experiencias, diversiones y nuevos productos.

Ese ritmo vertiginoso y estresante tiene como consecuencia la dispersión, la fragmentación, debido a la falta de priorización en las actividades que se llevan a cabo. Otra consecuencia es un estilo de vida superficial que impide profundizar tanto en las relaciones personales como en las relaciones sociales más amplias. Si no se encuentra tiempo para cultivar las relaciones familiares y de amistad, más difícil aún será para ayudar a los hermanos más pobres y necesitados. Si no somos capaces de renunciar a los *hobbyes* personales y a tantas necesidades artificiales perfectamente prescindibles con las que la sociedad consumista nos atrapa, será imposible luchar contra las condiciones sociales, económicas y políticas que provocan la pobreza y la injusticia.

Por eso, la prisa y la superficialidad nos pueden llevar a conformarnos con gestos esporádicos de caridad que sirven para tranquilizar la conciencia. A ello se suma la idea de que la obligación principal con los necesitados no es nuestra, sino de las administraciones, y precisamente para eso se pagan los impuestos. Evidentemente, es un planteamiento incompleto otorgar toda la responsabilidad a las intervenciones técnicas, científicas, jurídicas, políticas, y descuidar la insustituible aportación del compromiso personal y de la caridad inmediata.

Por otra parte, frente a la beneficencia tradicional, ahora se aboga por dar paso a la justicia, que ha de cambiar las estructuras de marginación. Frente a la asistencia tradicional en casos de minusvalía, hay que dar paso a la ciencia, que nos aporta la plena rehabilitación y la reintegración completa en la sociedad. Frente a la buena volun-

tad de personas y de grupos que promovían obras de caridad, se postula que las estructuras del Estado garanticen a todos la asistencia, la rehabilitación, la reintegración social. Pudiera parecer que es el momento de que la caridad de la Iglesia deje lugar a los servicios sociales que gratuitamente ofrece el Estado.

Pero la realidad es tozuda y contradice esos planteamientos. Los informes de la Fundación FOESSA y Cáritas año tras año nos recuerdan que en la actualidad la renta media de la población española es, en términos reales, inferior a la que había en el año 2000. La crisis económica ha producido un aumento de la exclusión social y la precariedad. Más aún, la disminución de las prestaciones sociales por parte del Estado ha llevado a las organizaciones no gubernamentales a tener que redoblar sus esfuerzos.

El miedo

Otra dificultad para la reacción solidaria ante el necesitado es el miedo. Es algo que le pudo pasar al sacerdote y al levita. Detenerse junto a aquel hombre expoliado y apaleado significaba asumir un riesgo importante; ellos no saben lo que les puede ocurrir y tampoco se sienten capacitados para controlar la situación en un posible imprevisto. La salida más fácil y rápida era pasar de largo.

El miedo es un instinto común a todos los seres humanos, del que nadie está completamente libre. La conducta del hombre y sus actitudes ante la vida están condicionadas en gran medida por los temores y recelos que brotan de su interior. En casi todas las motivaciones subyace algún tipo de temor que frena y condiciona sus actos. En relación al compromiso solidario, podemos distinguir una triple vertiente de temores: En primer lugar, el miedo a las dificultades externas, a la incompreensión de los que nos rodean; en segundo lugar, el miedo de uno mismo, de la propia fragilidad; por último, el miedo a profundizar en la vida de fe, que nos puede llevar a un mayor compromiso.

El hecho de ayudar a los demás puede complicarnos la vida de forma inesperada; ya sea por la incomprensión de amigos y conocidos, que no entienden una solidaridad que ellos consideran excesiva, ya sea porque a veces cuesta que la propia familia asuma esa dedicación de tiempo y recursos a otras personas. En ocasiones produce temor la presión de los que no quieren cambios estructurales ni de los sistemas políticos o económicos. Recordemos por ejemplo el mensaje del papa Benedicto en Sicilia, ante la situación de precariedad, de falta de trabajo y de crimen organizado, cuando exhortaba a los fieles a que no tuvieran miedo de luchar por la justicia y por la paz.⁸

Hay otro miedo, que es el miedo de uno mismo, de la propia debilidad, de la propia fragilidad, de la propia incompetencia. Ésta es una dificultad interna. Cuando vivimos instalados en unas costumbres fijas, en unas rutinas invariables, es lógico que asusten los cambios, que las novedades nos desconcierten. Hay personas que se encogen, que se bloquean hasta en los pequeños cambios, que temen asumir cualquier tipo de responsabilidad, cualquier tipo de decisión, por pequeña que sea. También existe un temor a descubrir nuestros límites, a no estar a la altura de las circunstancias, y más todavía cuando nos toca vivir contracorriente.

Por último, miedo al encuentro con el hermano, y en definitiva, al encuentro con Cristo, que puede revolucionar la vida y llevarnos a un compromiso mayor. Esta nueva vida llena la existencia de plenitud y alegría, por un lado, pero a la vez comporta ciertas renunciaciones para poder compartir más con el hermano. Ya no se trata de la colaboración económica en situaciones de emergencia o las aportaciones habituales a través de una suscripción, o el tiempo que entregamos a través de distintos voluntariados. Se trata de una respuesta a lo que Dios nos pida y el hermano necesite, sin olvidar que el Señor no se deja ganar en generosidad y nos da el ciento por uno.

8. Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en el foro itálico de Palermo*, 3 de octubre de 2010.

Las excusas, disculpas y justificaciones varias

El sacerdote y el levita bajaban de Jerusalén a Jericó seguramente después de haber cumplido con sus obligaciones culturales en el Templo. Probablemente les pareció que el malherido podía estar muerto y no quisieron tocarlo para no caer en impureza legal. Era una buena justificación. También en nuestro tiempo es fácil encontrar justificaciones, disculpas y mil excusas para eludir el compromiso, eso sí, siempre con argumentos en pro de la mejor organización o de la mayor efectividad.

La ayuda al necesitado ha de ser el distintivo de todo cristiano a nivel personal y también de toda comunidad cristiana. Pero a veces se limita ese dinamismo a través de argumentos y planteamientos que inducen a delegar esta misión. Hay quien piensa que el ejercicio de la caridad se debe encomendar a quien tiene capacidad, tiempo o inclinación para ello. Ciertamente, debe haber un equipo que coordine y dinamice estos servicios, y también es verdad que en ocasiones se requieren intervenciones especializadas, reservadas a profesionales. Pero la acción caritativa y social de una comunidad cristiana, que suele ser un indicador de su vitalidad, es responsabilidad y misión de todos sus miembros.

Otra fuente de excusas deriva de las dificultades para la colaboración. Muchas iniciativas de personas, comunidades y grupos corren el riesgo de ver debilitada su eficacia por falta de coordinación. Los problemas comienzan cuando se subordina el proyecto al propio interés o al estilo personal de trabajar en lugar de adaptarse al conjunto. Cuando se trabaja en equipo no valen los individualismos, protagonismos o rivalidades internas. Hay que ponerse al servicio del interés común, del proyecto común, aportando cada uno lo mejor de sí mismo. Puesto que las necesidades y pobrezas actuales son en buena parte nuevas y cada vez más complejas, es preciso que las actuaciones de la caridad respondan a todas ellas y estén coordinadas, más aún, han de estar iluminadas desde el sentido de comunión eclesial.

Una tercera justificación se ampara en la desconfianza creciente respecto al funcionamiento de las instituciones y en la falta de disponibilidad por parte de los miembros de la Iglesia a la hora de asumir un mayor compromiso en las realidades políticas y sociales, en las instituciones y en las administraciones. Por eso es preciso fomentar la vocación política en el laicado. En este sentido, la Iglesia ha de estar preparada para responder a las necesidades de la sociedad con la luz y la fuerza del Evangelio. La Iglesia no puede vivir replegada sobre sí misma, autocomplaciente con sus logros, paralizada por sus problemas internos, o preocupada fundamentalmente por su autoconservación.

La Iglesia está llamada a ofrecer hombres y mujeres formados en el humanismo cristiano, con un profundo sentido de la justicia, que trabajen en la consecución del bien común. El proyecto de Dios sobre el ser humano tiene, además de una dimensión individual, una dimensión social y política. «La vida teologal del cristiano tiene una dimensión social y aún política que nace de la Fe en el Dios verdadero, creador y salvador del hombre y de la creación entera. Esta dimensión afecta al ejercicio de las virtudes cristianas o, lo que es lo mismo, al dinamismo entero de la vida cristiana. Desde esta perspectiva adquiere toda su nobleza y dignidad la dimensión social y política de la caridad. Se trata del amor eficaz a las personas, que se actualiza en la prosecución del bien común de la sociedad. Con lo que entendemos por caridad política (...) se trata más bien de un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, en favor de un mundo más justo y más fraterno con especial atención a las necesidades de los más pobres»⁹.

9. COMISIÓN PERMANENTE de la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los católicos en la vida pública*, nn. 60-61.

3. Hacerse prójimo

«Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘¿Y quién es mi prójimo?’ Respondió Jesús diciendo: (...) ‘¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?’. Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él’» (Lc 10,29-30.36-37).

Significado de «prójimo»

El maestro de la ley responde a Jesús correctamente, pero quiere saber cómo se ha de entender el precepto del amor al prójimo que recoge el libro del Levítico (19,18): «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Cuáles son sus límites si es que los tiene, a quién se debe considerar como prójimo y a quién no. ¿Prójimo es el familiar, el amigo, el compañero? ¿Se puede considerar prójimo también al que está cerca, al vecino, al jornalero, al asociado? ¿O quizá incluso prójimo es toda persona que forma parte del género humano? Detrás de esta pregunta seguramente subyace la idea de que el mandamiento del amor al prójimo no obliga de una forma unívoca y homogénea, sino más bien de una forma ordenada gradualmente. Una cosa son los familiares, los amigos, los connacionales y vecinos; otra los que están lejos; y por último, se supone que los enemigos, obviamente, quedarían excluidos.

La respuesta más lógica y corriente, en aquella época y en aquel contexto, era que por «prójimo» había que considerar al «connacional», al que pertenecía al mismo pueblo. El pueblo formaba una comunidad solidaria y en dicha comunidad eran responsables los unos de los otros. Cada uno era sostenido por todos los demás, y por eso debía considerar al otro «como a sí mismo», como a una parte del conjunto total, en la que tenía asignado un espacio vital¹⁰.

10. Cf. BENEDICTO XVI—JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, Barcelona 2007, pp. 178-184; JOACHIM JEREMIAS, *Interpretación de las parábolas*, Estella (Navarra) 1991, pp. 146-160.

Por lo que se refiere a los extranjeros, es decir, aquellos miembros de otros pueblos que vivían en Israel, la misma Escritura exhortaba a amar también a los extranjeros, recordando el tiempo que Israel mismo había vivido en Egipto como forastero. El objeto de discusión eran los límites de hasta donde se podía llegar en esta consideración. En general, se consideraba perteneciente a esta comunidad solidaria, y por tanto «prójimo», sólo al extranjero asentado en la tierra de Israel. Había también otras limitaciones bastante extendidas del concepto de «prójimo», sobre todo respecto a los herejes, espías y apóstatas y, por descontado, a los samaritanos.

Jesús responde con una parábola muy concreta: un hombre, yendo de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos que lo saquearon y golpearon, dejándolo medio muerto y abandonándolo al borde del camino. Un sacerdote y un levita, conocedores de la Ley, y que por profesión estaban al servicio de Dios y de las personas, bajan por aquel camino, pero pasan de largo.

Después llega un samaritano, es decir, alguien que no pertenecía a la comunidad solidaria de Israel, que no estaba obligado a ver en la persona malherida a su prójimo, y que además era un hereje, un renegado, un indeseable. Y aquí viene la gran sorpresa, justamente el samaritano es el que auxilia a la persona asaltada por los bandidos. ¿Cómo es posible? ¿Qué es lo que sucede? Lo que sucede es que se le rompe el corazón, que se compadece.

Fraternidad universal

En virtud de la compasión que le toca el corazón, es él mismo quien se convierte en prójimo. Por tanto, el planteamiento ha cambiado: no se trata de descubrir o establecer quién de entre los demás es o no mi prójimo; se trata de mí mismo. Yo tengo que convertirme en prójimo, de forma que el otro cuente para mí tanto como yo mismo. Jesús da un vuelco total a la perspectiva ya que es el samaritano el que se convierte a sí mismo en prójimo y me ense-

ña a ser prójimo y me muestra que la clave para serlo está dentro de mí. He de llegar a ser una persona que ama a los demás, que se preocupa por ellos, que se conmueve ante el sufrimiento ajeno, que tiene un corazón abierto. No se trata de descubrir quién es mi prójimo sino de comportarme como prójimo de los demás.

En efecto, el prójimo no son sólo los otros, que pueden merecer o no consideración y ayuda. Próximo soy yo respecto a los otros, en relación a todos los seres humanos sin distinción de ningún tipo. Porque no se trata del objeto de nuestra ayuda, sino del sujeto que ha de auxiliar. Desde esta óptica, soy yo quien debo convertirme en prójimo de todos, incluso de los enemigos. Ser prójimo significa cumplir el mandamiento del amor haciéndose prójimo de los demás, sobre todo de los más heridos del camino. En consecuencia, es preciso subrayar que aquí aparece una universalidad en el amor que se fundamenta en el hecho de que yo soy hermano de todo aquel que me encuentro, de todo aquel que necesita mi ayuda.

La parábola del buen samaritano ha de ser el criterio de comportamiento, y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado que se encuentra en el camino, sea quien sea, sin importar de dónde venga. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y al que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se diluye en una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico en el tiempo y en el espacio, en el momento presente y en el lugar en que habito. Este es el criterio de comportamiento y la medida que nos propone Jesús: la universalidad del amor que se dirige a todo hermano necesitado, quienquiera que sea¹¹.

11. Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, nn. 15. 25.

Sentido cristológico

San Agustín y otros Padres de la Iglesia han interpretado esta parábola desde un planteamiento cristológico¹². El camino de Jerusalén a Jericó aparece como imagen de la historia universal, el hombre que yace medio muerto al borde del camino es imagen de la humanidad, herida por el pecado, y Nuestro Señor Jesucristo es el Buen Samaritano.

La constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, nos ofrece una bella síntesis en el número 22: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado»¹³.

Verdadero Dios y verdadero hombre. Solidario con el género humano, Jesucristo experimentó el sufrimiento, el cansancio, el hambre y la sed. Tiene un cuerpo que sufre las torturas del martirio mediante la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión. Él experimenta verdaderamente los sentimientos humanos: la alegría, la tristeza, la indignación, la admiración, y sobre todo, el amor. Los Evangelios relatan sobre todo su amor a los demás, hasta dar la vida. Enseña a los discípulos que «nadie tiene amor mayor que éste

12. Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón 171*; SAN AMBROSIO, *Comentario al Evangelio de san Lucas, 71-84*; ORÍGENES, *Homilía sobre el Evangelio de Lucas XXXIV, 1-9*. SAN GREGORIO DE NISA, *Cantar de los cantares, Homilía 14*.

13. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

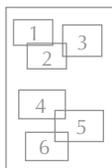
de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Llegada la hora de la pasión, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Da la vida por la salvación de todos.

Jesús manifiesta su solidaridad en primer lugar por el hecho de la encarnación, compartiendo nuestra condición humana, haciéndose hombre como nosotros. Este amor solidario está presente en toda su vida terrena, se manifiesta particularmente con los que sufren, con los cansados y agobiados, y se expresará de manera especial con su sacrificio redentor en la cruz. Es el buen samaritano que viene a salvar, a curar, a llenar de vida: «He venido para que tengan vida, y la tengan abundante» (Jn 10,10). No ha venido a condenar a las personas, sino a salvarlas. El sentido de la vida humana consiste en experimentar la salvación de Dios en Cristo, el amor de Dios, y también en corresponder a ese amor, y compartirlo con los hermanos.



Fundamentos de nuestra acción caritativa y social





- 1- Comedor social en Rubí
- 2- Voluntarios del Comedor social en Mollet del Vallès
- 3- Feria de Càritas en Terrassa
- 4- Jubileo del Año de la Fe con internos del centro de «Quatre Camins» en La Roca del Vallès
- 5- Comedor El Xiprer en Granollers
- 6- Centro Sara en Sabadell

Fundamentos de nuestra acción caritativa y social

Hacerse prójimo como Jesús. Hacerse prójimo en el interior del corazón y en las actuaciones externas. Es como la construcción de una casa que requiere sólidos fundamentos para resistir ante las dificultades. En esta edificación, vamos a considerar la conversión como punto de partida, la teología de la comunión como principio fundamental y la centralidad de la persona como perspectiva pastoral.

1. Punto de partida: La llamada a la conversión y a la promoción humana

El punto de partida de nuestra acción caritativa y social es previo tanto a la búsqueda de soluciones concretas como a la elaboración de proyectos para la promoción de personas y pueblos. También precede a la denuncia profética de los males estructurales. Jesús comienza su predicación haciendo una llamada a la conversión «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15).

Conversión personal

La conversión es como nacer de nuevo (cf. Jn. 3,7), una renovación de las actitudes, de la mentalidad, de los criterios y de los valo-

res. Es un cambio profundo en la vida, una renovación interior que comporta una nueva orientación general. Se trata más de dejarse cambiar el corazón por Dios (cf. Ez 36,23-28) que de un esfuerzo voluntarista. Significa volver a Dios, a la casa del Padre; reorientar la ruta, la meta de la vida para que el eje vertebrador sea Cristo, para que Él sea el centro al que subordinamos todos los demás elementos: familia, trabajo, aficiones, compromiso político, voluntariado, etc. Una transformación que hace nuevas todas las relaciones de la persona.

La conversión ha de ser permanente y duradera desde una actitud de confianza en Dios, de obediencia y fidelidad. Sólo es posible la conversión a partir de la entrega y seguimiento del Maestro, con las renunciaciones que comporta. Convertirse es como dejarse podar. La poda es una operación que consiste en cortar las ramas muertas, enfermas y superfluas del árbol, con la finalidad de que renazca la vida y de que adquiera una forma más bella. Se poda para que rebrote la vida en el árbol, para que pueda dar un fruto más abundante y para que adquiera una forma más armoniosa.

Convertirse es morir a sí mismo para dar un fruto abundante. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn. 12,24). Jesús explica esta analogía aplicándosela a sí mismo. El sentido de la existencia del grano de trigo seleccionado para la siembra está precisamente en ser sembrado, morir en el surco y multiplicarse en una espiga repleta de nuevos granos. Si no es sembrado y no muere, se conserva, pero esa conservación no tiene sentido ni da fruto alguno. Asimismo nuestra vida tiene sentido desde la donación, desde la entrega, desde el gastarla y desgastarla hasta morir y dar un fruto abundante.

Conversión social

El pecado personal aleja de Dios y de los hermanos y tiene una dimensión social por sus consecuencias inmediatas y por la solidari-

dad en el mal. Así como el pecado tiene una dimensión social, en la conversión también se da una dimensión social. El pecado, en sentido estricto, es siempre un acto libre de la persona, no del grupo o la sociedad. El hombre puede estar presionado por muchos factores externos e internos, que pueden atenuar su libertad y por tanto, su responsabilidad. Pero la persona humana es libre y no se puede diluir su responsabilidad en culpabilidades colectivas. Si no afirmáramos esto, estaríamos negando la libertad del ser humano, que se expresa tanto en el mérito de sus buenas obras como en la responsabilidad de sus culpas¹⁴.

Se puede y se debe hablar de pecado social en diversos sentidos. En primer lugar, significa que, en virtud de la solidaridad humana, todo pecado personal repercute de alguna manera en el conjunto eclesial y en la familia humana. En segundo lugar, también hablamos de pecado social cuando se da una agresión directa contra el prójimo. Se ofende a Dios porque se ofende al hermano. Aquí se incluye todo pecado contra el amor a los demás, contra la justicia, contra los derechos, contra la libertad, dignidad, honor. Se incluye todo pecado contra el bien común, de obra u omisión, por parte de los dirigentes políticos, económicos y sociales, y de todos los miembros de la sociedad. Por último, se refiere a las relaciones entre las distintas comunidades humanas, que no siempre se corresponden con la voluntad de Dios, que quiere que reine la libertad, la justicia, la paz, entre individuos y pueblos¹⁵.

San Juan Pablo II habló también de estructuras de pecado. Estas estructuras se fundan en el pecado personal y se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de las personas y de los pueblos. Proviene de la ambición y del egoísmo, de la estrechez de miras, de los cálculos políticos errados

14. Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio y paenitentia*, n. 16.

15. *Ibidem*.

y de las decisiones económicas imprudentes e injustas. Estas estructuras de pecado, que se resumen en el afán de ganancia exclusiva y en la sed de un poder impositivo sobre los demás, afectan al desarrollo de los pueblos, impidiéndolo o ralentizándolo, se oponen a la voluntad de Dios y al bien común. Dios exige de los hombres actitudes precisas que se expresan también en acciones u omisiones ante el prójimo¹⁶.

Por tanto, si la llamada a la conversión se refiere a una dimensión personal e interior, también se refiere a la dimensión exterior, de las relaciones humanas, interpersonales, para dejar de alimentar la solidaridad en el mal. Es una llamada a la conversión personal y a la conversión social. Ahora bien, ¿cómo podremos verificar esa conversión social? La respuesta está en el hecho de que ambas dimensiones de la conversión, interior y exterior, muestran sus frutos en la transformación que se ha de producir en las relaciones humanas, en el ámbito de la sociedad.

En los libros de los Profetas encontramos textos iluminadores: «¿No es éste el ayuno que quiero: desatar las cadenas inicuas, romper las ataduras del yugo, volver a liberar a los oprimidos y deshacer todo tipo de sometimiento? ¿No consiste acaso en compartir el pan con el hambriento, en meter en la propia casa a los que carecen de techo, en el vestir a quien veas desnudo?» (Is 58,7-8). También en la parábola del juicio final: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Vocación al desarrollo

Además de la llamada a la conversión, tiene lugar una llamada a la promoción de las personas y de los pueblos, al desarrollo. Es una vocación para todo cristiano. El beato Pablo VI, en su encíclica

16. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, nn. 36-37.

Populorum Progressio ofrece un enfoque muy innovador al tratar de la cuestión social y del progreso de los pueblos. Lo hace desde la perspectiva vocacional hablando de «vocación al desarrollo», y afirmando que, en esencia, el progreso es una vocación y que el desarrollo humano es vocación de todos: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como un germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador»¹⁷.

Por tanto, todos y cada uno de los seres humanos están llamados a crecer, a desarrollar los dones recibidos, en primer lugar orientando la vida hacia Dios, y también desde su pertenencia a la Iglesia y a la humanidad. Somos herederos de lo que nos han legado las generaciones anteriores y estamos llamados a aportar nuestra colaboración al desarrollo de la familia humana¹⁸ haciendo fructificar los talentos y capacidades que Dios nos ha dado, al servicio de los demás, sintiendo muy viva la llamada al desarrollo social.

Dios ha puesto en el corazón humano el impulso de amar y de buscar la verdad. Ésta es una llamada, una vocación, que lleva también a incidir en la polis, en la sociedad, urgidos por la caridad. Esta vocación al desarrollo ayuda a la promoción de todos los hombres, en el plano natural y en el sobrenatural. La Iglesia está legitimada para intervenir en el desarrollo porque el progreso, en sustancia, es una vocación. No se trata sólo de cuestiones técnicas o materiales, sino del sentido de la vida del hombre y del sentido de la historia. Esta vocación requiere una respuesta de todo cristiano¹⁹.

17. PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio*, n. 15.

18. Cf. *Íbidem* nn. 16-17.

19. Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, nn. 1.7. 16.

2. Principio fundamental: Teología de comunión

Dios es comunión eterna y perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es el origen, el Hijo es la revelación y el Espíritu Santo es la comunicación. Cristo es el Hijo unigénito, eterna Sabiduría encarnada. El Espíritu Santo es como el fruto del amor recíproco del Padre y del Hijo. Él guía al creyente hacia la verdad y el bien, y mueve el cosmos y la Historia hacia la plena recapitulación final. El fundamento de la vida cristiana es la realidad de que Padre, Hijo y Espíritu Santo han querido constituirse en principio de vida nueva para nosotros. En esto consiste la Buena Nueva del Evangelio, en que somos hijos de Dios, llamados a formar una familia en fraternidad y comunión, a participar de la misma comunión trinitaria.

La Iglesia, misterio de comunión

Dios ha creado todas las cosas y las mantiene en la existencia. Se revela en la creación, obra de sus manos, y no se despreocupa de sus criaturas, sino que sale a su encuentro y se manifiesta a lo largo de la historia. Al llegar la plenitud de los tiempos envía a su Hijo para redimir al género humano, para reconciliarlo con Él y para hacer de los hombres y mujeres hijos suyos, partícipes de su naturaleza divina. Nuestro Señor Jesucristo da comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva del Evangelio y después de su resurrección le encarga la misión de anunciar el Reino de Dios y de instaurarlo en todos los pueblos²⁰. La Iglesia es misterio de comunión, «es el signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»²¹.

Dios ha querido salvar y santificar a los hombres no de una forma aislada, sino constituyendo un pueblo, que es la Iglesia, el pue-

20. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 5.

21. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 1.

blo que Dios reúne en el mundo entero. Su origen no está en la iniciativa o voluntad de los hombres, sino en un designio nacido en el corazón del Padre. Para cumplir la voluntad del Padre, Jesús inauguró el Reino de Dios a través del «pequeño rebaño» que convoca en torno suyo y que él mismo pastorea. El Señor lo dotará de una estructura que permanecerá hasta la consumación de los siglos con la elección de los Doce y de Pedro como su Primado. Ellos y los demás discípulos participan en la misión de Cristo²².

La Iglesia es misterio de comunión, de la unión de cada ser humano con Dios y con los demás seres humanos. Una realidad espiritual interior que se manifiesta visiblemente en la vida de cada fiel y de toda la comunidad eclesial. Una unión que se inicia por la fe, que se vive en la Iglesia peregrina y que se orienta a la plenitud en la Iglesia del cielo. Es al mismo tiempo visible e invisible. En su realidad invisible, es comunión de cada fiel con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo, y con los demás fieles. En su realidad visible es comunión en la doctrina de los Apóstoles, en los sacramentos, en el obispo, el presbiterio y los diáconos, los miembros de la vida consagrada, los laicos y laicas. Es un don de Dios que establece una nueva relación con Dios y con las personas y se comunica en los sacramentos²³.

Comunión eclesial y espiritualidad de comunión

La comunión eclesial comienza a través del Bautismo, que es la incorporación a la Iglesia. La Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana, significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios. El Concilio Vaticano II habla también de una comunión jerárquica, que deriva de la unidad de consagración y de misión: El Romano Pontífice, como sucesor de

22. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 2.9; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 752-769.

23. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, Roma 1992

Pedro, es el principio y fundamento de unidad de la Iglesia universal. Los Obispos, como sucesores de los Apóstoles, son el principio y fundamento de unidad en sus Iglesias particulares, en comunión con el obispo de Roma. En cada una de las Iglesias locales se hace presente la Iglesia universal con todos sus elementos esenciales²⁴.

Cada Obispo ha de promover en su diócesis la unidad de fe, de doctrina, de amor y de servicio, de modo que la diócesis sea y se sienta parte viva del Pueblo de Dios. No se trata de una mera uniformidad externa, sino de una complementariedad enriquecedora. El Pastor diocesano ha de buscar siempre el bien común de la diócesis a través de un conocimiento que se debe actualizar continuamente y verificar a través del contacto frecuente con el Pueblo de Dios que se le ha confiado. La eclesiología de comunión compromete al Obispo a potenciar la participación de todos los miembros del pueblo cristiano en la única misión de la Iglesia. Eso significa la implicación y fructífera colaboración de los sacerdotes, diáconos, miembros de la vida consagrada y fieles laicos²⁵.

En la vida de la Iglesia, la comunión no se puede imponer, no se puede obligar. La comunión se vive, se construye, se pide a Dios. Es una tarea de todo el Pueblo de Dios. El gran desafío al iniciar el tercer milenio es hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión”²⁶, según nos enseñó san Juan Pablo II. Este es el gran reto si de verdad queremos responder al designio de Dios y a las esperanzas del mundo. Para ello es condición indispensable promover y vivir una espiritualidad de la comunión, y proponerla como principio educativo en todos los ámbitos de formación.

24. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 23.

25. Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, *Apostolorum successores. Directorio para el ministerio pastoral de los obispos*, nn. 58-59.

26. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Inneunte*, n. 43.

¿Qué significa una espiritualidad de comunión? En primer lugar, una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros; en segundo lugar, la capacidad de compartir las alegrías y sufrimientos del hermano, de intuir sus deseos y atender a sus necesidades, de ofrecerle amistad; en tercer lugar, la capacidad de ver lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo; por último, saber dar entrada al hermano, llevando su carga y rechazando las tentaciones de rivalidad, de desconfianza y envidia. Desde la vivencia de esta espiritualidad, la comunión será una realidad viva en todos los espacios del entramado de la Iglesia, para tender puentes de unidad y también para acoger a todo hermano que llame a la puerta²⁷.

La solidaridad, fruto de la comunión

La conversión propicia la unión con Dios y con los hermanos y como consecuencia tiene lugar el servicio desinteresado a los demás, tanto en sus necesidades materiales como en las espirituales, para que cada persona pueda llegar a la plenitud querida por Dios. La solidaridad, por tanto, es fruto de la comunión que se fundamenta en el misterio trinitario y en el misterio de la encarnación del Hijo, que muere y resucita por nuestra salvación. La unión del Hijo con cada ser humano hace que pueda decir: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40; cf. 25,45). Por eso, el encuentro con Cristo es el camino de la solidaridad y la solidaridad es fruto de la comunión²⁸.

En nuestro mundo globalizado, cada vez somos más conscientes de la interdependencia que hay entre personas, instituciones y pueblos. Dicha interdependencia reclama como respuesta una actitud moral y social, una virtud que llamamos solidaridad. En palabras

27. Cf. *Ibidem* 43-45.

28. Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in América*, n. 52.

de san Juan Pablo II, es la «*determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos (...) La Iglesia, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista al bien de los grupos en función del bien común»²⁹. Para ello hay que reconocer al «otro» como persona, sentirse responsable de los más débiles, luchar por la justicia y estar dispuesto a compartir los bienes con ellos.

La solidaridad es una virtud cristiana cuando se reviste de los elementos de gratuidad total, perdón y reconciliación. El prójimo, contemplado desde los ojos de la solidaridad, no es simplemente un ser humano con sus derechos y deberes correspondientes y su igualdad fundamental, sino que se convierte en alguien que ha sido creado a imagen de Dios, que ha sido redimido por Jesucristo y que ha sido puesto bajo el dinamismo renovador del Espíritu Santo. Por consiguiente, debe ser amado con el mismo amor con que es amado por el Señor³⁰. La máxima expresión de solidaridad es la vida y misterio de Jesús de Nazaret³¹, la Palabra eterna de Dios que se encarnó y habitó entre nosotros, asumiendo una naturaleza igual en todo a la nuestra excepto en el pecado.

En resumen, podemos decir que la comunión tiene dos dimensiones. En primer lugar, la vertical: participar en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; un amor que es mutuo, pero que se proyecta más allá de sí mismo. En segundo lugar, horizontal: la comunión que participamos de la Trinidad debe ser compartida con los otros y debe cohesionar y dinamizar la vida de la comunidad. Esta comunión vertical y horizontal se expresa y se alimenta en la

29. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei sociales*, n. 38-39.

30. Cf. *Ibidem*, n. 40.

31. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 32.

Eucaristía y fructifica en gestos de solidaridad con los hermanos, especialmente los más necesitados. Así lo vemos expresado en la vida de las primeras comunidades cristianas, y así se expresa y realiza en nuestras comunidades.

3. Perspectiva pastoral: Centralidad de la persona

En algún momento de la vida todos nos preguntamos: ¿qué es el hombre? Podemos encontrar respuestas en la mitología, la filosofía, la sociología, la literatura, la medicina, la psicología, las concepciones religiosas, etc. Nuestra antropología se fundamenta en la revelación cristiana, que nos manifiesta un designio de amor de Dios, nos enseña que el hombre ha sido creado «a imagen de Dios», con capacidad para conocer y amar a su Creador. Nos enseña también que Dios ha constituido al ser humano señor de toda la creación y que debe ordenarla para gloria de Dios y para su propio perfeccionamiento (cf. Gn 1,28)³².

El hombre, imagen de Dios

Los elementos fundamentales de la antropología cristiana son: en primer lugar, la dignidad de la persona humana, creada a imagen de Dios, capaz de conocer y amar a su Creador; en segundo lugar, su relación con las criaturas terrenas, su actuar en el mundo, vinculado al respeto a la naturaleza y a sus leyes, perfeccionándolo según el proyecto del Creador; por último, la condición social del ser humano, el hecho de que está llamado a existir en la comunión interpersonal. Desde el principio Dios los crea hombre y mujer (cf. Gn 1,27) y de esta manera expresa la comunión de personas. Por tanto, el hombre es un ser social que no puede desarrollarse sin la relación con los demás³³.

32. Cf. *Ibidem*, n. 12.

33. Cf. PONTIFICIO CONSEJO "JUSTICIA Y PAZ", *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, nn. 34-37.

Ahora bien, el hombre sólo puede subsistir si salvaguarda la relación con Dios, que lo ha creado y lo mantiene en la existencia, si es fiel a sus mandatos (cf. Gn 2,16). Esta relación con Dios no sólo es esencial al hombre, sino que también es la dimensión que engloba todas las demás relaciones. Esta concepción de la persona humana, de la sociedad y de la historia se fundamenta en Dios y en su designio de salvación.

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1Tm 2,3-4). El amor divino y su voluntad salvadora no tienen límites ni fronteras. La voluntad salvífica universal de Dios es realizada de una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios³⁴. Dios quiere la salvación de todos y a todos ofrece su amor y su gracia, respetando siempre la libertad. La salvación es el restablecimiento pleno de la relación originaria con Dios, con todas las personas y con la creación. Es una oferta gratuita de Dios, pero a la vez, implica una respuesta libre y responsable del hombre.

Se trata de una salvación universal e integral, es decir, para todos los seres humanos y del ser humano en su totalidad. Nadie queda excluido de este designio de amor de Dios. Y nada queda excluido del ser humano ya que concierne a la persona humana en todas sus dimensiones: personal y social, espiritual y material, histórica y trascendente. Comienza a realizarse ya en la historia, aunque su cumplimiento tendrá lugar en el futuro que Dios nos tiene reservado. Esta condición universal e integral supera tanto el error de las visiones puramente inmanentistas del sentido de la historia como de las concepciones de un espiritualismo sin compromiso³⁵.

34. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, n. 14.

35. Cf. PONTIFICIO CONSEJO "JUSTICIA Y PAZ", *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 38.

Esta salvación implica un vínculo inseparable en la relación que se debe tener con Dios y con las demás personas y en su responsabilidad consiguiente. Es algo que está recogido en la Alianza de Dios con Israel y que se expresa todavía con más claridad en la síntesis que hace el Señor entre el amor a Dios y al prójimo. El discípulo de Cristo ha de vivir con coherencia esta relación con Dios y con los demás, a través del compromiso por la justicia y la solidaridad, para construir un mundo acorde a la voluntad de Dios, consciente de que todos somos responsables de todos³⁶.

El hombre, camino de la Iglesia

El hombre es el camino de la Iglesia porque todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre³⁷. Desde la encíclica *Rerum novarum* del papa León XIII, del 15 mayo de 1891, la Iglesia ha ido manifestando su pensamiento, siguiendo de cerca la evolución de la cuestión social, con la finalidad de llevar a término su responsabilidad hacia el ser humano, confiado a ella por Cristo mismo³⁸. No se refiere al ser humano abstracto, sino al real, concreto e histórico. Por otra parte, se refiere a cada hombre, porque Cristo ha venido a salvarlos a todos. Se refiere, por tanto, al desarrollo integral de todo hombre, de todo el hombre y de todos los hombres³⁹, en la plena verdad de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social. Este es el primer camino que la Iglesia debe recorrer, un camino que Cristo mismo ha trazado y que conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención⁴⁰.

La doctrina social de la Iglesia contempla al hombre integrado en la compleja trama de relaciones humanas, económicas y sociales de la sociedad moderna. Las ciencias humanas y la filosofía ayu-

36. *Ibidem* n. 40.

37. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centessimus annus*, n. 53.

38. Cf. LEON XIII, Carta encíclica *Rerum novarum*.

39. Cf. PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio*, n. 42.

40. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor Hominis*, n. 14.

dan a conocer y valorar al ser humano y a considerar su centralidad en la sociedad. Ahora bien, «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»⁴¹. No planteamos aquí una visión académica o intelectualista, sino la visión de la vida en Cristo, y de una existencia en familia, en Iglesia. Por eso, solamente desde la fe se puede llegar al conocimiento completo de su verdadera identidad, y precisamente de la fe arranca la doctrina social de la Iglesia, que a su vez se enriquece de todas las aportaciones de las ciencias y de la filosofía, y que en definitiva, se propone ayudar al ser humano en el camino de la salvación.

Toda la actividad en la sociedad y toda la vida social tienen como protagonista a la persona humana, que ha de cumplir el mandato del libro del Génesis: «Creced y multiplicaos, y dominad la tierra» (Gn 1,28). La persona es el sujeto protagonista del trabajo y del estudio, de la investigación y del arte, de la educación y del cultivo de la tierra. El subrayado no hay que ponerlo en las actividades concretas sino en las personas mismas, que son los sujetos de tales actividades. El ser humano es el sujeto, el centro en el momento de la actividad y en el descanso, cuando reza y cuando trabaja, cuando duerme y cuando se alimenta, cuando reflexiona y cuando se divierte. Es un ser humano con diferentes dimensiones y actuaciones: Física, intelectual, afectiva, espiritual.

Centralidad de la persona

El papa Benedicto XVI afirmó en *Caritas in veritate*: «La cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica»⁴². La cuestión social es el conjunto de consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización y urbanización que tienen lugar desde el siglo XIX, con todo lo que conlleva de desigualdades sociales y económicas, de lucha obrera y de reivindicación.

41. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

42. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, n. 75.

ciones. Pues bien, por primera vez en una encíclica social, se plantean el derecho a la vida y a la libertad religiosa en relación al desarrollo. Asimismo, la procreación y la sexualidad, el aborto y la eutanasia, las manipulaciones de la identidad humana y la selección eugenésica son tratados como problemas sociales de gran importancia.

En un mundo materialista y consumista podemos acabar reduciéndolo todo al «hacer», al producir, a la utilidad. Es preciso poner la atención en la persona concreta. Es necesario partir de nuevo desde la persona, desde su integridad, desde sus necesidades, desde sus potencialidades. El centro de la actividad económica ha de ser ocupado por la persona y la búsqueda del bien común, y no puede ser monopolizado por el puro rendimiento y menos aún por el beneficio. Es preciso que se aprendan las lecciones del siglo XX sobre las malas consecuencias tanto del colectivismo como del capitalismo salvaje. Es urgente que el fundamento ético retorne a la política económica. El papa Francisco lo expresó con claridad en su visita a la casa de acogida *Dono di María* en Roma: «Un capitalismo salvaje ha enseñado la lógica del beneficio a cualquier precio; de dar para obtener; de la explotación sin contemplar a las personas»⁴³.

La sociedad sólo puede organizarse y funcionar adecuadamente si coloca al hombre en su centro, si promueve la dignidad de la persona, y si tiene en cuenta a Dios, ya que el anclaje último en Dios es lo que sostiene la vida personal y social. La persona ha de ocupar la centralidad de la economía no tanto como sujeto económico o ciudadano, sino sobre todo como ser humano dotado de una dignidad trascendente. Promover la dignidad de la persona significa reconocer que posee derechos inalienables, de los cuales no puede ser privada por nada ni por nadie. La economía no puede

43. SANTO PADRE FRANCISCO, *Palabras del santo padre Francisco*, Visita a la Casa de Acogida *Dono di Maria*: Encuentro con las Misioneras de la Caridad, los huéspedes y los voluntarios, 21 de mayo de 2013.

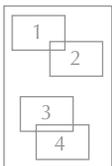
desvincularse de las exigencias éticas. La Iglesia no ofrece soluciones técnicas y no pretende inmiscuirse en la política de las Administraciones. Ahora bien, tiene una misión que cumplir a favor de una sociedad que se construya a la medida del hombre, de su dignidad, de su libertad y que favorezca su desarrollo integral⁴⁴.

44. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre Francisco al Parlamento Europeo*, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014; BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, nn. 9. 28.44.75.



Ve y haz tu lo mismo





- 1- Inauguración de la sede central de Cáritas en Sabadell
- 2- Inauguración de locales de Cáritas en Montcada i Reixac
- 3- Inauguración de un piso para mujeres maltratadas en Terrassa
- 4- Bendición del «Talleret» de Cáritas en Sant Cugat del Vallès

Ve y haz tú lo mismo

Retomemos el hilo de la parábola. Al final del relato, la recomendación de Jesús al doctor de la ley es: «Ve y haz tú lo mismo». En este apartado vamos a profundizar en las actitudes y actuaciones que se contemplan en la narración. Lo haremos a partir de tres momentos: Ver y compadecerse, curar las heridas y, por último, ir y hacer.

1. Ver y compadecerse

El primer paso es una invitación a «ver» con los ojos del samaritano, es decir, con los ojos del corazón. Basta con mirar a nuestro alrededor para descubrir la cruda realidad. Ciertamente, hay unos impedimentos que obstaculizan el paso del simple «ver» material a la mirada del corazón. A partir del comportamiento de los tres personajes, distinguimos unas actitudes totalmente diferentes: En una parte estaría el miedo, la comodidad, el egocentrismo, el egoísmo, la indiferencia. En la otra quedaría la apertura, la solidaridad, el amor, el sentirse responsable.

Características del camino de la vida

En nuestro Occidente rico, nos encontramos viviendo un momento histórico de cambio de época, con profundas transformaciones que influyen en nuestra vida, inmersos en la globalización, al

ritmo de una evolución cultural continua, en medio de flujos migratorios que han ocasionado un crecimiento rápido en nuestros pueblos y ciudades.

Más concretamente, nos hallamos en el camino de una crisis económica, de una crisis de valores, de una crisis cultural, y, en su raíz más profunda, de una crisis de fe. Una crisis también en buena parte de esperanza, a causa de las dificultades personales y sociales que vivimos, porque no se cumplen las expectativas individuales ni las colectivas.

Muchos análisis se han realizado señalando las causas y las consecuencias. A mi entender, la raíz más profunda está en el humano deseo de querer ocupar el lugar que corresponde a Dios, cayendo en la tentación como nuestros primeros padres. «Seréis como dioses» (Gn 3,5), les dijo la serpiente. Este es el pecado de los orígenes y el pecado que se repite a lo largo de la historia: el orgullo de pretender independizarse de Dios y ocupar su lugar, de ser dueño de la vida y de la muerte, de decidir lo que es bueno y lo que es malo. Ahí se produce una fractura en la relación del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

De ahí se deriva una antropología sin Dios en la que el hombre se considera el centro absoluto de todo y acaba por olvidarse también de sus hermanos. El olvido de Dios desemboca en el relativismo moral y en una especie de agnosticismo práctico con la autosuficiencia de vivir como si Dios no existiera. A la vez, se vive como si el hermano no existiera, con el peligro de precipitarse por la pendiente de una codicia sin límites, de un egoísmo insolidario. La fragmentación de la existencia sobreviene como consecuencia lógica. Por eso somos testigos de tantas vidas rotas, de unos vínculos humanos débiles y precarios, de relaciones breves y transitorias. Por otra parte, la globalización no está favoreciendo una mayor unidad del género humano, un poner a disposición de todos los bienes y

los recursos, sino que está sirviendo más bien para aumentar la marginación de los más débiles y el número de los pobres.

Personas heridas al borde del camino

La situación actual de crisis antropológica con sus funestos efectos se convierte en un desafío para todo cristiano. El papa Francisco denuncia de frente y con energía profética sus consecuencias, que afectan gravemente a tantas personas⁴⁵.

Las personas heridas a causa de una economía de la exclusión que mata, que está planteada desde la mera competitividad y la ley del más fuerte. Genera grandes masas de población marginada y excluida, trata al ser humano como un producto de consumo, descartable, de usar y tirar. Incluso va más allá de la opresión o de la explotación llegando a la exclusión, expulsando a la periferia a los que sobran, a los desechos. Es la globalización de la indiferencia, la ausencia de toda responsabilidad respecto al otro.

Las personas heridas por la nueva idolatría del dinero, cuyo dominio aceptamos sobre nuestras personas y sobre nuestras sociedades. Es sustituir a Dios por el ídolo de la riqueza y poner en el centro de la actividad económica el beneficio y el consumo en lugar del ser humano. El Papa denuncia la especulación financiera, la evasión fiscal, la corrupción en no pocos niveles, y sobre todo, que el abismo entre ricos y pobres se ensancha cada vez más.

Las personas heridas porque se prescinde de Dios y de la ética. No se puede prescindir de la norma moral, ni se puede prescindir de Dios. El mercado ha de funcionar según las categorías de la ética para que se propicie un orden social equilibrado y humano. Es un reto que han de asumir los dirigentes políticos de tal manera que el dinero cumpla su función al servicio de la actividad económica sin

45. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nn. 53-59.

ahogar los corazones de las personas. La economía y las finanzas han de estar al servicio del ser humano, de la solidaridad entre personas y pueblos.

Las personas heridas como consecuencia de la injusticia que genera violencia. Cuando la sociedad abandona en la periferia a una parte de sus miembros, no puede asegurar su tranquilidad futura. La falta de justicia provoca tarde o temprano la reacción violenta de los que quedan excluidos si el sistema económico y social es injusto en su raíz. Así como el bien es difusivo y tiende a comunicarse, también el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su capacidad maléfica.

Ver, compadecerse y acercarse

El samaritano de la parábola vio al herido y no se apartó del camino porque estaba atento a la realidad. Conforme se fue acercando, no sólo vio, sino que fijó la mirada en el herido, y fue más consciente de la situación. En nuestro caso, hemos de descubrir los impedimentos que obstaculizan el paso de la simple mirada material a la mirada del corazón. Es preciso fijar la mirada en el otro, estar atentos los unos a los otros. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo nos lleva a tomar conciencia de los demás. Desde una mirada de fe estamos llamados a vivir en fraternidad, en familia, y eso se traduce en justicia y solidaridad.

Todos somos pobres de una u otra manera, padecemos carencias de algún tipo y atravesamos por dificultades y sufrimientos, también las personas acomodadas de la sociedad. Precisamente la experiencia personal del sufrimiento puede ser el desencadenante para la empatía, para ponerse en el lugar del otro, del pobre, del que sufre; la vivencia del dolor puede ser el camino para un despertar de sí mismo y fijar la mirada en los demás. Esa es la bienaventuranza de la compasión: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,4). Felices los que son capaces de salir al

encuentro de los demás, conmoverse por su dolor y estar unidos a ellos⁴⁶.

En nuestro mundo, tan contaminado por el individualismo, es necesario que se viva la responsabilidad «de unos sobre los otros». La pregunta de Dios a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?», es la misma pregunta que ha de resonar en nuestra conciencia. Caín responderá con una evasiva: «No sé, ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). No ha de ser así entre nosotros, porque efectivamente, somos guardianes de nuestros hermanos, todos, los unos de los otros. Y no sólo somos guardianes de una forma primaria y genérica, sino que somos interdependientes, como granos llamados a formar un mismo pan, como hijos de Dios llamados a vivir en familia.

En nuestra joven diócesis, en nuestra Cáritas diocesana, en las familias y en las escuelas, en nuestras parroquias y comunidades religiosas, en los movimientos y realidades eclesiales, hemos de tener conciencia de la realidad que nos envuelve, de tantos hermanos necesitados. Será preciso intensificar la formación y fomentar una cultura de la «Iglesia en salida», al encuentro del necesitado; una Iglesia que se conmueve, se compadece y se acerca. Hay que afrontar las situaciones y aplicar los remedios necesarios.

2. Curar las heridas

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa a través de una triple tarea que consiste en el anuncio de la Palabra de Dios, la celebración de los Sacramentos y el servicio de la Caridad. Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una actividad de asistencia social que suple las carencias de las administraciones o las sustituye; la acción carita-

46. Cf. Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma*, 2012.

tiva y social pertenece a su naturaleza más profunda, es manifestación de su propia esencia⁴⁷.

Responsabilidad de cada fiel y de toda la comunidad

El amor que viene de Dios debe manifestarse en un nivel personal y también como acto de la comunidad⁴⁸. La Iglesia está llamada a ser comunidad de amor, un amor que no es una mera organización de ayuda a los necesitados, sino la expresión del acto más profundo de amor con el que Dios nos ha creado, que a la vez suscita en nuestro corazón la inclinación a amar. Por eso, el amor al prójimo es una obligación para cada fiel y para toda la comunidad eclesial. Así lo vivieron los cristianos de la primitiva comunidad de Jerusalén, que se mantenían unidos y compartían sus bienes (cf. Hch, 2).

Con el rápido crecimiento de la Iglesia resultó en la práctica imposible mantener esa forma de poner en común los bienes materiales, pero lo que permanece inalterable es el principio y por eso en toda comunidad cristiana deben compartirse los bienes de tal manera que no haya pobres en ella. Más adelante se hizo evidente la necesidad de una determinada organización y de esa forma surgió la diaconía como un servicio del amor al prójimo, llevado a cabo de forma ordenada y comunitariamente. Este ejercicio de caridad se confirmó como una de las acciones esenciales de la Iglesia, según hemos indicado anteriormente.

¿Cómo llevar a la práctica esta misión? Desde que surgió la diaconía en la primera comunidad cristiana de Jerusalén hasta nuestros días, la historia de la Iglesia está jalonada por admirables ejemplos de caridad hacia los necesitados tanto de personas concretas como de comunidades e instituciones. De múltiples formas se ha

47. Cf. BENEDICTO XVI, Motu proprio sobre el servicio de la caridad *Intima ecclesiae natura*, n. 1; Carta encíclica *Deus caritas est*, 25.

48. Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus est caritas*, nn. 19-39.

ido dando respuesta a las necesidades que surgían en cada momento de la historia. Por lo que respecta al nivel organizativo en nuestra historia más reciente, el beato Pablo VI, por medio de la Carta Pontificia *Amoris officio*, creó el Consejo Pontificio *Cor Unum* para la promoción humana y cristiana el día 15 de julio del año 1971⁴⁹. La finalidad era vincular y coordinar las iniciativas que florecen dentro de la Iglesia en el campo de la solidaridad cristiana entre los pueblos y del progreso humano.

Anteriormente, en diciembre de 1951, el Papa Pío XII fundó *Caritas Internationalis*, que es el organismo principal de la Iglesia para llevar a cabo esta misión de acción caritativa y social. Es el organismo dedicado a la ayuda de los más necesitados, particularmente en las situaciones de conflicto y de emergencia. Con el tiempo su estructura se extendió por todo el mundo, llegando a constituir una federación con presencia en numerosos países. El 16 de septiembre de 2004, san Juan Pablo II le otorgó una «personalidad jurídica canónica pública» como órgano de la Santa Sede⁵⁰. Posteriormente, el 2 de mayo de 2012, se publicó en el Vaticano el Decreto General aprobado por el papa Benedicto XVI que actualizó el estatus jurídico de *Caritas Internationalis* y la vinculó más al Consejo *Cor Unum*.

Caritas Internacionalis es una Confederación de más de 160 organismos, por lo general instituciones nacionales responsables de la actividad caritativa reconocidas por sus respectivas Conferencias Episcopales. Se organiza en siete regiones que son África, Asia, Europa, América Latina y el Caribe, Oriente Medio y el Norte de África (MONA), América del Norte y Oceanía. A la vez, cada una de las siete regiones tiene diversas Cáritas Nacionales, que en total

49. Cf. PABLO VI, Carta Pontificia *Amoris officio* con la que se crea el Consejo Pontificio “Cor Unum” para la promoción humana y cristiana.

50. Con la Carta del santo padre Juan Pablo II *Durante la Última Cena* para la concesión de la personalidad jurídica canónica pública a “Caritas Internationalis”.

suman 165. Por ejemplo, Cáritas Europa está integrada por 48 Cáritas. Una de éstas es la *Cáritas Española* que a la vez está constituida por unas 6.000 Cáritas parroquiales, 68 Cáritas diocesanas y sus correspondientes Cáritas regionales o autonómicas, como es el caso de *Cáritas Cataluña*.

El día 19 de octubre de 2012 creamos jurídicamente Cáritas diocesana de Terrassa como organismo oficial de acción caritativa y promoción social de la Iglesia Católica en nuestra diócesis y aprobamos los estatutos por los que se regiría. Si bien la acción caritativa y social de la diócesis se ha llevado a cabo desde el momento de su creación, se tenía que constituir jurídicamente la institución para disponer de una estructura propia que pudiera coordinar su labor. En el contexto del Año de la Fe, la creación de Cáritas Diocesana ha contribuido a incrementar el testimonio de la caridad que el papa Benedicto pedía como uno de los frutos en ese año.

Curar las heridas y dar calor al corazón

El corazón de nuestro mundo y el corazón de nuestros contemporáneos se hallan profundamente heridos⁵¹. Como consecuencia de las divisiones entre las personas, entre diferentes colectivos dentro de la sociedad, o entre las naciones. Las causas de estas divisiones son variadas, desde los antagonismos ideológicos o políticos a la contraposición de intereses económicos, pasando por cuestiones socio-religiosas. A la luz de la revelación y de la fe, la raíz profunda de todas las heridas es el pecado, que separa de Dios, de uno mismo y del hermano, como hemos visto. Las consecuencias de esta división profunda se manifiestan en todos los niveles, ya sea en la relación entre naciones, o entre ámbitos de la sociedad, o entre personas.

51. Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et penitentia*, n. 2.

En nuestro territorio diocesano encontramos innumerables personas heridas en su cuerpo, en su mente y en su espíritu. Afectados por la crisis económica, por los atentados contra la vida, por la enfermedad, por la droga, por el alcohol. Personas con enfermedades mentales, con depresiones; personas que han perdido el sentido de la vida y la esperanza. Personas que viven en soledad. Personas que han perdido la fe y la capacidad de amar. Personas que no experimentan amor alguno en sus vidas. Personas prisioneras en el sentido físico y también en el psicológico y moral, víctimas de las más variadas adicciones; ancianos que viven solos y desatendidos⁵².

El papa Francisco ha señalado en varias ocasiones que nuestra sociedad se encuentra en una situación de crisis grave, y ha utilizado la imagen de un hospital de campaña después de una batalla: «Veo con claridad que lo que hoy la Iglesia necesita más es la capacidad de curar heridas y dar calor al corazón de los fieles, cercanía, proximidad. Veo la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental»⁵³. Así lo expresó en una entrevista concedida al P. Antonio Spadaro, director de la revista *Civiltà Cattolica*.

En el retiro espiritual de cuaresma predicado a los sacerdotes de Roma, vuelve a insistir en la idea y en la imagen. A la pregunta retórica que él mismo se formula sobre el lugar donde a Jesús se le podía encontrar con más facilidad, responde que «por los caminos». Y nos invita a percibir lo que el Señor siente en su corazón por la multitud, por las personas cansadas, extenuadas y heridas. Siente compasión, ternura, sobre todo hacia las personas excluidas: peca-

52. CONFERENCIA EPISCOPAL TARRACONENSE, *Al servei del nostre poble*, n. 15.

53. Entrevista del P. Antonio Spadaro al papa Francisco en *Civiltà Cattolica*, septiembre 2013.

dores, enfermos, etc., ante las que es preciso tener proximidad, cercanía y servicio. Por eso hoy podemos contemplar a la Iglesia como un hospital de campaña, donde habrá que curar a muchas personas heridas por problemas materiales, por los escándalos, por las falacias del mundo, etc. Heridas abiertas y heridas ocultas⁵⁴.

Ayuda, promoción y denuncia

El Buen Samaritano, vio, se compadeció, se sintió responsable, curó las heridas, y subió a aquel malherido en su propia cabalgadura. Comparte lo suyo hasta el punto de ceder su medio de transporte y llevar al malherido hasta la posada próxima.

La misión de nuestra Cáritas consiste en acoger, ayudar y trabajar con las personas en situación de necesidad y pobreza, y promocionarlas para que lleguen a ser protagonistas de su propio desarrollo integral, desde el compromiso de la comunidad cristiana. Las líneas estratégicas para desarrollar esta misión son: la acogida, la ayuda, la promoción, la sensibilización de la sociedad y la denuncia de las situaciones de injusticia. Su actuación se orienta en cuatro direcciones fundamentales: La asistencia en situaciones de necesidad urgente; la prevención de las situaciones que pueden suponer pobreza o exclusión social; las acciones de formación y promoción personal, encaminadas a la integración social; y las acciones de análisis, de sensibilización, de denuncia y de promoción del compromiso solidario.

¿Cuáles son las realidades concretas que se atienden, cuáles son las heridas que se curan? A través de los distintos programas se atiende a las personas más desfavorecidas de la sociedad: Familias en situación de dificultad, y niños y jóvenes en situación de riesgo; personas sin hogar y en riesgo de perder su vivienda; mujeres con cargas familiares no compartidas; personas mayores con ingresos

54. Cf. Encuentro del santo padre Francisco con los sacerdotes de la diócesis de Roma, Aula Pablo VI, 6 de marzo de 2014.

insuficientes; parados y personas con una preparación profesional limitada; enfermos mentales; inmigrantes que necesitan apoyo; otros colectivos: enfermos de sida, presos, etc. ¿Qué programas se desarrollan? Cáritas estructura su acción en siete programas con sus correspondientes servicios y puntos de atención: Acogida y acompañamiento; ayuda a las necesidades básicas; familia e infancia; formación e inserción socio-laboral; inclusión social; migración y, finalmente, vejez⁵⁵.

La acogida es el recibimiento que se ofrece a una persona cuando llega a un lugar y también el acompañamiento y cuidado que se da a quien necesita ayuda. Es un servicio individual y grupal, es el inicio de un proceso que tiene como objetivo mejorar las condiciones de vida de las personas. La acogida está intrínsecamente vinculada a la misión de Cáritas, es como su punto de partida. El primer efecto de la acogida es la ayuda a las necesidades básicas. Ayuda directa para cubrir las necesidades elementales de alimentación, vivienda, medicamentos, ropa o transporte. También se desarrollan proyectos específicos para las familias en situación de riesgo, que necesitan apoyo para atender a sus necesidades, sobre todo para el desarrollo de los más pequeños. Cáritas atiende, a su vez, a las personas mayores que se encuentran más desprotegidas, las que apenas disponen de medios económicos y sufren una mayor dependencia física y social.

El programa de formación e inserción socio-laboral tiene como objetivo que las personas puedan llegar a mantenerse económicamente de forma autónoma. Se lleva a cabo a partir de sus conocimientos previos y a las habilidades relacionales y laborales que vayan adquiriendo y contiene también un servicio de mediación laboral. El programa de inclusión social va dirigido a personas con dificultades personales y sociales en general, con problemas económicos, sin relaciones sociales ni una vivienda estable. Cabe hacer una

55. Cf. CÁRITAS DIOCESANA DE TERRASSA, *Plan Director 2014-2020*, pp. 48-55.

mención en particular al trabajo de la Pastoral Penitenciaria, en la periferia de las periferias. Finalmente, el programa de migraciones ofrece orientación, formación y promoción para personas extranjeras, así como servicios de mediación intercultural.

La sensibilización y la denuncia son dos herramientas fundamentales de la acción de Cáritas para poder incidir en la sociedad. Sensibilizar es hacer caer en la cuenta de la importancia o el valor de una cosa. La denuncia es poner de manifiesto las situaciones de injusticia, pobreza, marginación, exclusión o vulneración de derechos. La finalidad es que nuestros contemporáneos se dejen conmover por la realidad, por el dolor y el sufrimiento de los demás. En definitiva, que lleguen a ver, que se compadezcan, que curen las heridas, que acojan en casa, que luchen por cambiar las estructuras injustas. La sensibilización y la denuncia han de llevar a la toma de conciencia, a la conversión personal, al compromiso transformador, y a la transformación real de la sociedad según el designio de Dios.

3. Acoger en casa

Dice la parábola del Buen Samaritano que «acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él» (Lc 10,34). Los Padres de la Iglesia han interpretado tradicionalmente esta parábola viendo en la posada una imagen de la Iglesia⁵⁶.

El Santo Padre nos propone la imagen de una «madre de corazón abierto» para ayudarnos a entender mejor la misión de la Iglesia en el momento presente. Y la desglosa en tres aspectos: ha de ser una casa siempre abierta; ha de ser también una familia que

56. Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, cit. en *Catena Aurea* (de Santo Tomás de Aquino), tomo IV, p. 262; SAN AGUSTÍN, *Sermón 171*; SAN AMBROSIO, *Comentario al Evangelio de san Lucas*, 71-84; ORÍGENES, *Homilía sobre el Evangelio de Lucas XXXIV*, 1-9.

privilegia a los caídos al borde del camino; por último, una comunidad atenta, «en salida», llena de dinamismo misionero⁵⁷.

Casa abierta del Padre

«La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre», nos dice el Papa. Se refiere a los templos materiales, que conviene que estén con las puertas abiertas, se refiere también a las «puertas» de los sacramentos, y se refiere a la integración en la comunidad, a la participación en la vida eclesial⁵⁸.

La Iglesia ha de ser madre de corazón abierto, comunidad de caridad. Es muy significativo cómo lo expresa el Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos: «La responsabilidad del Obispo en el ámbito de la caridad aparece ya en la liturgia de la ordenación episcopal, cuando al candidato se le pregunta específicamente: ‘¿Quieres ser siempre acogedor y misericordioso, en el nombre del Señor, con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda?’ De esta manera, el Obispo [...] trate de sembrar en todos los fieles —clérigos, religiosos y laicos— reales sentimientos de caridad y de misericordia para con quienes por cualquier razón estén ‘fatigados y oprimidos’ (Mt 11,28), de manera que en toda la diócesis reine la caridad como acogida y testimonio del mandamiento de Jesucristo»⁵⁹.

Todos los miembros de la Iglesia, animados por la Palabra de Dios y alimentados por los Sacramentos, se han de empeñar en el ejercicio de la caridad, que será la prueba de la autenticidad de su fe. Y de esta manera se realiza en la vida cristiana la relación entre la predicación de la Palabra, la celebración de los Misterios de la fe y el testimonio de la Caridad⁶⁰. La Iglesia diocesana ha de ser una

57. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nn. 46-49.

58. *Ibidem* n. 47.

59. CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos: *Apostolorum Successores*, n. 194.

60. Cf. *Ibidem*.

casa abierta, y todos sus miembros han de dinamizar y perfeccionar las obras de caridad que existan, y crear las que sean necesarias para responder a las nuevas necesidades de manera que crezca la caridad fraterna con la colaboración de todos.

El Obispo debe favorecer la creación en cada parroquia de la diócesis de un servicio de «Cáritas» parroquial o análogo. Dicho servicio, en coordinación con la Cáritas diocesana, ha de ser el instrumento de animación, de sensibilización y de coordinación de la acción caritativa y social de la comunidad parroquial. Los asistentes sociales desempeñan una tarea muy importante, y también los voluntarios cumplen una misión insustituible⁶¹. Será preciso en Cáritas diocesana y en las Cáritas arciprestales y parroquiales, estrechar los vínculos de comunión y que en todos los centros de servicio se cree el clima de casa abierta, de hogar acogedor.

Familia que privilegia a los caídos al borde del camino

La acción de la Iglesia debe llegar a todas las personas, sin excepciones. Ahora bien, si hubiera de tener alguna preferencia, pregunta el Papa, ¿a quiénes debería privilegiar? Y encuentra la respuesta en el mismo Evangelio: no tanto a los familiares, o a los amigos o a los vecinos ricos, que te corresponderán invitándote a su vez, y de esta forma quedarás pagado. Invita a los pobres y enfermos, porque éstos no pueden corresponderte (cf. Lc 14,12-14)⁶².

La Iglesia está llamada a vivir su misión a través de un compromiso con los más necesitados, siguiendo el ejemplo de Cristo. Así lo han expresado los Pontífices reiteradamente. San Juan Pablo II en la carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, afirmó: «Quiero señalar aquí la opción o amor preferencial por los pobres. Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana,

61. Cf. *Ibidem* n. 195; BENEDICTO XVI Motu Proprio *Intima Ecclesiae Natura*, sobre el servicio de la caridad; CONCILIO PROVINCIAL TARRACONENSE, 1995, n. 94.

62. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 48.

de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes»⁶³.

Más recientemente, el papa Benedicto, en el discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, hizo una importante aportación sobre el concepto de la opción preferencial por los pobres, y la puso en relación con la condición de todo cristiano. Dice así: «La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Co 8,9)»⁶⁴. Por lo tanto, la fe en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, lleva implícita la opción preferencial por los pobres. De ahí que el amor a Dios y al prójimo son inseparables y constituyen un único mandamiento.

Finalmente, el papa Francisco plantea la inclusión social de los pobres⁶⁵. La Iglesia universal, cada comunidad concreta y cada cristiano en particular, todos estamos llamados a trabajar en la liberación y promoción de los pobres, de manera que se curen sus heridas, queden capacitados para vivir por sus medios, puedan integrarse plenamente en la sociedad, y sean acogidos en la comunidad cristiana. En este trabajo, no puede faltar jamás el signo de nuestra

63. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei sociales*, n. 42.

64. BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural Conferencia Aparecida*, n. 3.

65. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nn. 186-216.

opción por los últimos, por aquellos que la sociedad desecha y llega a descartar.

El Papa confirma y desarrolla la opción preferencial por los pobres de la tradición de la Iglesia hasta el punto de afirmar que quiere una «Iglesia pobre para los pobres», que ellos tienen mucho que enseñarnos, y que es necesario que nos dejemos evangelizar por ellos. Nuestro compromiso con ellos comporta programas y acciones de asistencia y promoción, de denuncia y cambio de estructuras, ciertamente, pero comporta también hacerse uno con ellos hasta el punto de que se sientan en casa, en familia, y finalmente, nuestra opción por ellos ha de traducirse en atención espiritual, una atención religiosa prioritaria para que recuperen plenamente su dignidad de hijos de Dios.

Familia atenta, «en salida», que toma la iniciativa

El Santo Padre nos dice que prefiere «una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ‘¡Dadles vosotros de comer!’ (Mc 6,37)»⁶⁶.

66. *Ibidem* n. 49.

Salir, tomar la iniciativa, ser creativos, ponernos en camino. A veces hemos pecado de ceguera o de lentitud ante el sufrimiento ajeno, o nos hemos puesto en camino por la urgencia de las situaciones. Deberíamos vivir “en camino”, es decir, en una actitud interior de dinamismo, de atención diligente para captar las señales, los signos de los tiempos. Y en esa aventura de búsqueda, hemos de tener el coraje de abandonar las comodidades, las posesiones, y sobre todo, las seguridades. Esa ha de ser la disposición de nuestro corazón, estar atentos al hermano necesitado, en camino, con iniciativa, reaccionando con rapidez, y si es posible, con anticipación.

Su primer viaje fuera de Roma fue a la pequeña isla de Lampedusa, situada en el sur de Italia, frente a las costas de Túnez y Libia, el 8 de julio de 2013. Tomó la decisión de este viaje profundamente conmovido tras haber recibido la noticia del naufragio de una embarcación que transportaba inmigrantes africanos y refugiados de Oriente Medio que huían de la guerra, la persecución o la miseria. En la homilía de la Santa Misa que se celebró en el campo de fútbol, dirigió a los presentes y a toda Europa la pregunta de Dios en el Génesis: «Caín, ¿Dónde está tu hermano?». Insistió en que no es una pregunta dirigida a otros, sino a cada uno de nosotros⁶⁷. Con este gesto impactante se solidarizaba con todas aquellas víctimas y hacía una llamada a la conciencia del occidente rico. La pregunta por los hermanos necesitados ha de resonar continuamente en nuestras conciencias y ha de ser un estímulo para nuestro compromiso.

En nuestra pequeña historia diocesana y con nuestros pobres medios, hemos procurado responder también a los retos y necesidades que se han ido presentando, especialmente en favor de los más golpeados por la crisis económica que aún dura. Además de muchos proyectos que ya existían, en estos años de vida diocesana

67. Cf. SANTO PADRE FRANCISCO, *Homilía Campo de deportes «Arena», Lampedusa 8 de julio de 2013.*

hemos inaugurado en Terrassa un piso para mujeres abandonadas, y también una casa y unos pisos para hombres sin techo; comedores sociales en Sabadell, Mollet, San Cugat del Vallès y en Rubí; un piso para presos de tercer grado en La Roca del Vallès; despensas solidarias en diferentes poblaciones, etc. Cáritas diocesana y las Cáritas arciprestales y parroquiales, y otras instituciones y asociaciones de Iglesia hacen un esfuerzo extraordinario, como nunca se había visto, en colaboración con todas las comunidades cristianas, con las diferentes administraciones, y especialmente con las propias familias.

Final

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16). Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y estamos llamados a vivir, compartir y proyectar ese amor. Sólo desde la vivencia del amor de Dios crecemos como personas y como cristianos y sólo desde la vivencia de ese amor hay futuro y esperanza para la Iglesia y para la humanidad. Un amor que se manifiesta a través de la acogida, la cercanía y la ternura, que se compone sobre todo de obras, más que de palabras, y que busca en todo momento más dar que recibir.

Las palabras de Jesús referidas al examen final, mantienen su perenne validez: «Venid, vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. [...] En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 34-36.40).

El servicio de la caridad se convierte en un auténtico anuncio del Evangelio. El trabajo en favor de los necesitados es un camino de descubrimiento y de encuentro con el Señor. Ahora bien, para que tenga lugar un verdadero anuncio hemos de ser transparencia y testimonio de su amor fiel, mirando con atención solidaria a los

heridos y marginados del camino, acogiendo, curando y ofreciendo el calor de una comunidad que les ayude a salir de su situación. A la vez, este ejercicio de amor será uno de los mayores signos de credibilidad de la Iglesia.

Agradezco la entrega generosa que tantas personas de la comunidad diocesana estáis llevando a cabo: laicos y laicas, miembros de la vida consagrada, diáconos, presbíteros, profesionales y voluntarios, que a través de muchas iniciativas y obras sociales hacéis presente el amor de Dios en nuestra diócesis y sois fermento renovador en nuestra sociedad. Hemos de ser una Iglesia samaritana que lleva a cabo el programa de Jesús, el Buen Samaritano. Haciendo presente el amor de Dios, renovando las relaciones humanas, transformando la sociedad entera.

La acción caritativa y social de la Iglesia se ha de realizar desde la competencia profesional y el buen hacer, pero sobre todo desde la experiencia de un encuentro personal con Cristo, cuyo amor transforma nuestro corazón, suscitando el amor al prójimo. En esta tarea, todos somos responsables. Contemplemos las vidas de los santos que más se han entregado a los necesitados a lo largo de la historia para ofrecer las respuestas que nuestros tiempos necesitan, y sobre todo fijemos la mirada en María, Nuestra Señora de la Salud, madre de amor y de misericordia, que vivió siempre en servicio delicado a los demás.

Terrassa, 22 de febrero de 2015, primer domingo de Cuaresma.

+ JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES,
Obispo de Terrassa

